

II.

Uno de los trabajos de Darwin (1) versa sobre análogo asunto que los libros que acabamos de indicar. Esta obra del famosísimo naturalista hace mucho eco; profundos científicos, amigos y adversarios del darwinismo, declaran unánimemente que el libro mencionado tiene gran importancia, por cuya virtud exige atención intensa junto con detenido y reflexivo estudio.

Por más de treinta años ha estado Darwin acumulando datos con incalculable paciencia y trabajo, á fin de escribir dicho tomo. Las fuentes principales de donde aquellos proceden son seis, á saber: 1.^a) de observa-

Ideas para una antropología fisonómica, Leipzig, 1791; la inglesa de Cross, *Ensayo sobre la fisonomía fundada en principios científicos*, Glasgow, 1817; las alemanas siguientes: *Símbolo del rostro*, por Sihler (Berlín, 1829); *Símbolo del humano semblante*, por Carus (Leipzig, 1857, segunda edición). En 1850 el doctor Piderit publicó en alemán una memoria relativa á la expresión en que promulga muchas ideas que después incluyó Gratiolet en su libro *De la physionomie et des mouvements d'expression* (1865). Dicho doctor Piderit dió á luz en 1867 su *Sistema científico de mímica y de fisonomía*. Á Sir Carlos Bell se debe el magnífico tratado en inglés sobre la *Anatomía y filosofía de las expresiones* (3.^a edición 1844); Lemoine escribió en 1869 el libro *De la physionomie et de la parole*; el doctor Burgess publicó en 1839 en idioma inglés *Fisiología y mecanismo del sonrojarse*; Duchenne es autor del *Mécanisme de la physionomie humaine* publicado en 1862. El inglés Parsons publicó en 1746 una lista de 41 autores antiguos que escribieron sobre la expresión. *La expresión de los distintos caracteres de las pasiones*, debida al pintor francés Le Brun, y publicada en 1667 ofrece observaciones de mérito. La memoria que nadie cita del doctor Fielding Blandford sobre la *Naturaleza de las emociones* (Londres, 1869) debe leerse. Existen además otros muchos trabajos acerca de este particular que ha servido de asunto á gran número de autores alemanes. De estos solamente citamos el escrito por Wittich: *Physiognomik und Phrenologie* (Berlín, 1870).

(1) *La expresión de las emociones en hombres y animales.* (*The Expression of the Emotions in Man and Animals.* By Charles Darwin.) London, 1872.

ciones hechas en niños, porque durante la infancia, la agitacion repentina del ánimo se manifiesta con extraordinaria fuerza; 2.^a) de observaciones practicadas respecto á dementes, porque revelan con violencia pasion intensa sin dominarla nunca; 3.^a) de galvanizar ciertos músculos y anotar la expresion correspondiente en el rostro; 4.^a) de fotografías y grabados representando obras artísticas de pintores y escultores célebres; 5.^a) de observaciones hechas en distintas razas salvajes, y 6.^a) de observar diversas pasiones en algunos animales.

El libro sobre *La expresion de las emociones en hombres y animales* inténtase que sirva á fin de probar con cierto linaje de llamadas demostraciones, la teoría de Darwin, respecto á ser brutos los progenitores del género humano, y puede considerarse cual el tercer tomo de la obra que menudamente analiza otro trabajo nuestro (1). Dicho autor quiere que el nuevo volúmen aumente los motivos que imagina existen favorables, á fin de apoyar la hipótesis de la evolucion ó trasformacion de unos á otros séres. La nueva obra contiene, como todas las de Darwin, una série de observaciones agudas y profundas, pensamientos nuevos é ingeniosos y multitud de analogías raras y sorprendentes, ántes nunca por nadie halladas. Pero lleno de ardor y celo al defender su teoría favorita, Darwin parece despreciar las manifestaciones más características y de mayor nobleza con que los humanos expresan agitaciones del ánimo y afectos, cual inméritas de exámen científico, y únicamente analiza por menudo los ademanes y emociones del hombre que tienen semejanza con los de animales brutos. Casi afirma que cualquier movimiento de la fisonomía humana, sólo es particularmente propio del hombre en el caso de que él mismo se observe tambien en algun bruto.

Darwin, cuando intenta probar que en la razon y conciencia humana sólo hay elementos de naturaleza

(1) CRONICON CIENTÍFICO. (Bienio I, 2.^a edicion.) Págs. 259 hasta la 298, y págs. 135 hasta la 151.

animal, procede respecto á problemas fisiológicos como los antiguos alquimistas, buscando la piedra filosofal ó el elixir para nunca morir. Las investigaciones de éstos, sin lograr el fruto deseado, les movian á escudriñar y proseguir trabajos que ponian de manifiesto mayores oscuridades y misterios más profundos en naturaleza. De la misma manera resultan nulos cuantos esfuerzos emplea Darwin con objeto de sacar únicamente de elementos físicos, lo espiritual propio del hombre; pero no cabe duda que los libros de aquel estimulan en grado supremo á que se practiquen profundísimas é innumerables indagaciones fisiológicas. Cierto que las teorías del famoso naturalista extravían á algunos y á no pocos dañan, como también producian males y esterilizaban fuerzas los trabajos de los alquimistas; pero el encaminar las ciencias en direccion especulativa con tan incansable afán, cual Darwin intenta, es noble tarea, y dejados aparte sus malos resultados, merece justamente admiración y respeto.

Á cualquiera ha de interesar el asunto del presente libro; porque ninguna maravilla es tan grande como la expresión del humano rostro, ni hay cosa alguna que excite mayor simpatía que las señales exteriores con que se manifiestan los afectos y agitaciones del ánimo. Esta expresión entraña todo el mágico atractivo del arte, no teniéndolo ninguno más hechicero ni poderoso que el dramático al interpretar maestramente las palabras con gestos, miradas y ademanes. Quien recuerde cualquiera buena representación de algún drama superior, sabe, que aún las palabras de mayor energía sólo producen escaso efecto si no se revisten con sus correspondientes acciones ó señales externas. Los humanos semblantes declaran mil cosas imposibles de expresar con ningún idioma. Son aquellos en las personas delicadas, como las aguas de otros tantos estanques, donde levísimo airecillo turba la tersura de la superficie. El aspecto particular de cada rostro refleja con rasgos especiales y señala todo cambio que nace de cualquier

sombra de pasión, bien sea ésta ira, bien ternura, ya odio, ya amor, ora alegría, ora pesadumbre. Una mirada, una sonrisa, ó el sonrojarse, tiene á veces mucha mayor elocuencia y expresa instantáneamente mucho más que pudiera hacerlo un poeta inspiradísimo, quien tras de largos trabajos no llegaría al mismo resultado, sino de una manera imperfecta.

Investigar, pues, por menudo el maravilloso aspecto de los cambios del rostro en todas sus variaciones y analizar su mecanismo, resulta ser un problema de grandísima dificultad; porque aquellos desaparecen como rayas sobre el agua, y son tan leves é imperceptibles, que si bien se idean, no hay medios, empero, de observarlos, ni siquiera con la más pequeña detención, ni ménos aún segura y completamente. Así que Darwin, habiendo estudiado esta materia más de treinta años, escribe que pueden verse diferencias en tales movimientos del rostro y ser absolutamente imposible fijar en lo que éstas consisten, así como la causa de donde nacen.

III.

Tamañas dificultades forzaron á eminentes fisiólogos á declarar que el asunto aludido es por completo inexplicable; algunos, de otra parte, se contentan afirmando que el aspecto particular de cada rostro humano ha sido especialmente creado.

Darwin, oponiéndose á esto último, pretende probar que la expresión de la fisonomía es común á hombres y brutos, y que en aquellos no hay ningún músculo en la cara que no tengan también los monos. Aquel naturalista discute la materia dentro de la hipótesis relativa á que ni el hombre ni las distintas especies de animales provienen de creaciones aisladas, sino que todos han ido naciendo merced á la transformación ó evolución de unos á otros seres.

Pero las teorías de Darwin sobre el origen del hombre, no alteran los hechos respecto á existir expresiones

diversas de las fisonomías ni acerca de los movimientos de los músculos de la cara; ni tampoco, de otra parte, debe omitirse el estudio comparativo entre ciertos rasgos del humano rostro y los parecidos de distintos brutos, únicamente porque sean falsas dichas teorías de aquel naturalista celeberrimo.

Dejadas aparte estas teorías y las deducciones erróneas de nuestro autor, es indudable que el libro de que vamos tratando contiene innumerabilidad de datos minuciosos que entrañan muchísimo valor, alta importancia y singular interés, haciéndolo indispensable, no sólo para pintores, escultores y artistas dramáticos, sinó tambien muy curioso para lectores de todas las clases. Los grabados del libro con distintos asuntos, y las fotografías de rostros de niños llorando, gritando y sonriendo; las de otras caras llenas de dolor, de espanto horrible, de agonia y desesperacion, aumentan grandísimamente la belleza é interés de este trabajo.

Empero si pasamos de los hechos, observaciones y datos del libro á las explicaciones y deducciones que el autor presenta, ningun inteligente, fuera de los darwinistas, lo aplaudirá; porque ni aquellas satisfacen, ni éstas convencen. No cabe dudar que Darwin derrama nueva y clarísima luz sobre algunas pocas de las principales expresiones del rostro, y que descubre mucha parte del mecanismo por cuyos medios se dibujan en el semblante las agitaciones del ánimo; mas cuando trata de los agentes que mueven dicho mecanismo, así como cuando parece admitir que toda expresión resulta sólo ser un residuo de cierta especie de hábito mecánico, entónces nadie dirá que explica como corresponde esa parte, que es la de mayor interés entre todas las materias del libro. Su famosa teoría le obliga á eliminar cuanto se halla fuera del mecanismo aislado de la naturaleza animal, propia de todo sér humano, pareciendo que nuestro autor no tiene idea alguna de la union íntima entre el cuerpo y lo espiritual del hombre, union de donde resulta que sentimientos del ánimo solos pue-

den ejercer influjo directo sobre el rostro y demás partes del cuerpo.

Darwin nunca cita libros ni otros trabajos de los adversarios de su teoría, aunque sean de autoridades científicas de primera clase. El asunto de la obra sobre que estamos tratando, comprende así la estructura y movimientos del cuerpo, como las facultades mentales y resultados que producen; y abraza tan estrechamente elementos y principios psicológicos, que sólo sabiendo con maestría y profundidad los hechos y leyes del alma, tendrán fuerza los correspondientes razonamientos, y valor las oportunas conclusiones. Al muy difícil estudio sistemático del alma, estuvieron consagrados ilustrísimos pensadores de glorioso renombre, que han impreso forma científica al cuerpo de hechos; principios, doctrinas y leyes cuyo conjunto comprende dicha importante rama del humano saber. Darwin, empero, no demuestra que ha estudiado trabajo alguno de los grandes pensadores aludidos, cuyas investigaciones y descubrimientos constituyen épocas en la historia de los progresos de la ciencia mental. Únicamente conoce los tratados sobre psicología de Spencer y de Bain, ambos darwinistas y ninguno de incontestable autoridad en este asunto. Así que sorprende la audacia de Darwin, queriendo sólo con elementos tan parciales é incompletos, como aquellos suministran, discutir y resolver problemas difícilísimos y muy complejos de la mencionada ciencia. Tampoco cita Darwin el célebre trabajo de Burke, sobre el *Origen de nuestras ideas de lo sublime y hermoso* (1), cuyo influjo en ciertos escritos de Kant nadie ignora, estando asimismo dicho trabajo de Burke en íntima relación con cuestiones tratadas en la aludida obra del famoso naturalista de Inglaterra.

Nadie debe aprobar este silencio de Darwin acerca de las notables y graves opiniones que las suyas contradicen. Esta supresión no se echaría tanto de ménos si el tra-

(1) *Philosophical Inquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful* (Londres, 1757).

bajo aludido se limitara á puntos concretos de ciencias naturales, porque satisfacen á todos los vastos y profundos conocimientos que de ellas Darwin tiene; mas aún siendo grande defecto que dicho sábio calle los novísimos portentosos trabajos fisiológicos de Ludwig, Brücke y Dubois-Reymond, los cuales quizá no desconocerá, resulta, empero, mucho mayor la falta, y es en grado supremo censurable cuando la aumenta, omitiendo toda referencia á los escritores de psicología más autorizados y de universal renombre.

IV.

En dicho libro Darwin copia de las obras de Bell y de Henle, tres grabados para representar doce músculos de la cara del hombre; pero estos dibujos no dan más que una idea incompletísima del aparato de expresión (1).

Enumera despues como resultado de sus estudios tres principios, en los que intenta fundar las expresiones y gestos involuntarios de hombres y animales brutos cuando experimentan distintas emociones y sensaciones. El primero de estos principios se reduce á que los movimientos que hacen hombres y brutos, ya con objeto de satisfacer algun deseo, ya á fin de aliviar cualquier sensacion, si se repiten á menudo llegan á ser tan habituales, que entónces se verificarán siempre automáticamente, aunque dichos movimientos no provengan de ninguna sensacion ó deseo. Este principio consiste, pues, en generalizar de una manera ingeniosa la fuerza de la costumbre que todos reconocen y proclaman.

(1) En el *Tratado de Anatomía* por Creus (segunda edicion), página 316, hay un grabado que representa 30 partes de los músculos de las regiones del cráneo y de la cara, con más pormenores que en las láminas del libro de Darwin. Tambien otras obras de Anatomía contienen láminas mejores, á fin de estudiar estos músculos.

Antítesis llama Darwin al segundo principio que establece. Ciertos estados del ánimo, según el primer principio, dan origen á movimientos que se hacen habituales; mas si la sensacion ó el deseo que se experimente es contrario á la causa de donde nacen los últimos, entónces sin nuestra voluntad practicaremos tambien otros movimientos contrarios á los primeros.

El tercer principio consiste en la accion directa sobre el cuerpo, del sistema nervioso en estado de excitacion, independientemente así de la voluntad como de la costumbre. El rumbo por donde camina la fuerza nerviosa está determinado por las líneas que unen á las células nerviosas entre sí, y con las distintas partes del cuerpo. Mas aquel rumbo está influido tambien por la costumbre, puesto que la fuerza nerviosa se dirige con mayor facilidad habitualmente á través de los conductos que á menudo recorra. No deja de ser extraño el que Darwin escriba de una fuerza nerviosa y de los conductos que habitualmente recorre, cuando pertenece á la escuela de los adversarios de la fuerza vital y de toda explicacion de la vida que no se funde sólo en movimientos y fenómenos mecánicos de la materia.

Diserta Darwin primero, entérminos generales, sobre los tres principios que acabamos de indicar, despues los aplica menudamente en multitud de casos á ciertos brutos, y por último, á las señales que expresan agitaciones del ánimo en el hombre. No calla que muchas de estas señales carecen en la actualidad de todo género de explicacion. Presentando ejemplos: nadie sabe la causa por qué se pone el pelo blanco, en virtud de honda pesadumbre ó terror extremado; por qué el miedo dá sudor frio y hace temblar los músculos; por qué la alegría y la ira en algunas ocasiones producen diarrea y modifican los excrementos, y por qué ciertas impresiones impiden el funcionar á ciertas glándulas. Opina, empero, Darwin, que si bien sus tres principios no explican los precedentes ni otros ejemplos que enumera, sirven, al ménos, hasta cierto punto, á fin de darse

cuenta de las causas de donde provienen tantos gestos, ademanes y demás señales exteriores de estados del ánimo; para los cuales confía no tardará mucho en lograrse aclaracion satisfactoria merced á aquellos tres ó á otros principios muy semejantes.

V.

La brevedad que corresponde á este capítulo prohíbe todo análisis de las aplicaciones de dichos principios, así como de las explicaciones y argumentos que la mencionada obra presenta. No obstante, á fin de esclarecer la levísima idea que aquí se intenta dar de ese trabajo y de la manera como su autor discute y razona, se pondrán ciertas frases referentes al amor, á la ternura y al besar.

«Aunque la emocion del amor, escribe Darwin,—por ejemplo, el de madre á hijo—es una de las más poderosas que agitan el ánimo, carece, no obstante, casi por completo de medios propios y peculiares exteriores con que manifestarse. Indudablemente, como el afecto amoroso es sensacion que produce placer, resulta, que por lo general aquel ocasiona suave sonrisa y abriga los ojos. Tambien hace experimentar vehemente deseo de tocar la persona amada, pues con esto último se expresa más claramente el amor que de ninguna otra manera (1). De aquí nuestro anhelo de estrechar con los brazos á quienes tiernamente amamos. Este deseo probablemente será una costumbre heredada habiendo nacido de criar y cuidar á nuestros hijos y de las caricias entre amantes.»

(1) Darwin es de la misma opinion que Bain, el cual, en la p. 239 de su *Ciencia mental y moral* (*Mental and Moral Science*, Lóndres, 1868), escribe: "La ternura es una emocion de placer que puede ser distintamente estimulada, y cuya fuerza mueve á los seres humanos á abrazarse."

«En animales inferiores observamos igual placer, que nace del contacto asociado con amor. Perros y gatos, notoriamente experimentan gusto agradable en frotarse contra sus amos y en que éstos les soben y golpeen. Muchas especies de monos, segun me dicen los guardas de los jardines zoológicos, se deleitan con las caricias y halagos de unos á otros y con los que les hacen personas amigas. Mr. Bartlett me ha referido que dos chimpanzés, al verse juntos, sentáronse y tocáronse con los lábios, y á seguida colocó uno su mano sobre el hombro del otro. Estrecháronse luego con los brazos. Levantáronse con un brazo en el hombro del compañero, elevaron las cabezas, abrieron las bocas y aullaron con deleite.»

«Nosotros, europeos, estamos tan acostumbrados á besar en señal de afecto amoroso, que pudiera pensarse que tal práctica es innata en el género humano; lo que, sin embargo, carece de verdad. Steele se equivocó cuando dijo sobre los besos: «Que naturaleza fué su autor y que empezaron con los primeros amores.» Jimmy Button, natural de Tierra de Fuego, me dijo que nadie conocia semejante práctica en su país. Tampoco la conocen los indígenas de Nueva Zelandia, ni de Australia, ni de las islas Tahiti, ni los de Somals de Africa, ni los Papuanos ni Esquimales (1). Sin embargo, el besar es innato ó natural en cuanto depende, al parecer, del gusto agradable que hay en el contacto íntimo con una persona amada. En distintas partes del mundo sustituyen los besos con frotar una nariz con la de otro sugeto, práctica usual en Nueva Zelandia y Laponia. En otras regiones equivale al besar el frotar ó tocar brazos, pechos ó estómagos, ó bien á golpearse uno su cara, con las manos ó piés de otro. Quizás tenga el mismo funda-

(1) Sir Juan Lubbock, en la p. 552 de su obra *Tiempos prehistóricos* (*Prehistoric Times*, 2.^a edición, Lóndres, 1869), cita autoridades que afirman lo que dice el texto.

mento la práctica de soplar sobre varias partes del cuerpo de otro en señal de afecto amoroso» (1).

»Los sentimientos llamados tiernos son difíciles de analizar: al parecer están formados de afección, alegría y de simpatía mayormente. Estos sentimientos, por su naturaleza, producen placer, excepto cuando experimentamos lástima grande ú horror, como al oír los tormentos que padecen hombres ó brutos. Aquellos son más notables, porque fácilmente hacen derramar lágrimas. El volverse á ver padre é hijo tras larga ausencia y sobre todo si el encuentro es inexperado, produce que ámbos lloren. Es indudable que mucha alegría ejerce acción sobre las glándulas lacrimales; pero en casos como el anterior, quizá ocurren vagos pensamientos acerca del pesar que se habria sentido si nunca jamás se hubieran visto padre é hijo, y semejante pena naturalmente obliga á derramar lágrimas.»

Al principio de los párrafos que traducidos preceden, Darwin observa que el amor materno carece de señales propias con que manifestarse; mas si aquel estudiara las imágenes de la Virgen por varios grandes pintores, entónces habria hallado razones para cambiar de opinion. Poniendo un solo ejemplo, citaremos las palabras de un renombrado crítico al escribir acerca del célebre cuadro de la Virgen amamantando al Hijo Divino, pintado por Guido: «Inclinada sobre su niño, demuestra los sentimientos maternos de que está llena con tierno y dulce semblante y con ademan sencillo, rebosando amorosos afectos. Un observador que no se fije bien, dirá al contemplar aquel cuadro, que el rostro de la Virgen parece insensible y falto de expresion, pues los ojos de la madre están casi cerrados, comprimidos los labios, nótese seriedad y aún aflojamiento de todos los músculos que se mueven con las emociones usuales;

(1) Esta práctica la describe con pormenores Tylor en la página 51 de sus *Investigaciones sobre la primitiva historia del género humano* (*Researches into the Early History of Mankind*, 2.^a edición, Londres, 1870).

pero cuanto se vé pintado en aquella cara representa un espíritu amoroso de tan gran intensidad, que agobia oprimiendo con enormísimo peso al alma, y ésta, así trasformada, parece que al propio tiempo quita toda viveza y energía á la parte material de la figura.»

La cita precedente patentiza un modo especial de la expresion del amor materno, el que segun consignamos, carece, si fuera cierto el dictámen de Darwin, de señales propias con que manifestarse. Dicha opinion, empero, es por completo errónea, pues los rasgos característicos de semejante afecto, se distinguen por embelesamiento absorto, deseo infinito, compasion divina, junto con cierto elemento de melancolía oculta y de enternecimiento quizá inseparables de todo afecto amoroso, intenso, puro y profundo. Cuantas líneas duras y sombras desagradables tiene la cara, se desvanecen en la suave y radiante plenitud de la fruicion materna. Como usualmente se sostiene al hijo pequeñito entre los brazos cariñosos ó sobre la falda, por fuerza estará la vista en general dirigida hácia abajo y caidos un poco los párpados, miéntras que los extremos de la boca se verán algo comprimidos á causa del vehemente anhelo materno, que refleja cierta sensacion grave y pensativa debida á la profundidad é intensidad infinitas del sublime amor de una madre.

Las precedentes observaciones intentan demostrar que Darwin está equivocado, afirmando que el amor de madre á hijo carece casi por completo de medios propios exteriores con que manifestarse, porque la boca y los ojos, centros expresivos principales de toda emocion intensa humana, declaran dicho afecto amoroso segun queda consignado. Tan indudable parece esto aquí alegado, que cualquier inteligente, si mira en muchos cuadros célebres el rostro de la Virgen, reconocerá desde luego la expresion del amor materno, aún sin fijarse en el Niño Divino, ni en lo demás que pueda existir pintado junto á la Santa Madre para representar con mayor viveza el aludido afecto.

VI.

Pasando ahora á la pasion de amantes, quien recuerde la riqueza del lenguaje variado y exquisito de este amor, no hade aprobar el dictámen de Darwin cuando observa que aquel afecto se expresa más claramente si se toca á la persona amada de la misma manera que perros y gatos declaran su cariño frotándose contra sus amos. Dejadas á parte distintas maneras con que hombre y mujer expresan su amor y concretándose á las miradas, sabido es que los ojos disparan un fluido especial que condensa todos los elementos de sentimiento, pasion y fuego que del alma brotan. Con el lenguaje ocular traza el amante la fuerza de la pasion, y expresa los más profundos secretos de este amor. Apasionadísimos y vehementes pintan los ojos cuantas vicisitudes dicha pasion entraña, bien al representar la efusion de un alma satisfecha y feliz, bien la desconfianza de una correspondencia dudosa, ya el aguijon de los celos ó ya bien la amargura del desengaño. Todos los incidentes y peripecias de esta clase de amor, aunque revistan cuantas fases distintas tienen, son fáciles de seguirse con los ojos: ora sea aquel profundo afecto más ó ménos tímido, irreflexivo y ajeno de todo liviano pensamiento, revelándose en sentidas miradas melancólicamente vagas; ora sea la pasion más ciega, atrevida y violenta. (1)

Segun lo ántes traducido respecto á tal asunto, para Darwin, la manifestacion de esta emocion sublime nose distingue porque produzca regalados dejos, dulcísima embriaguez, sabrosos trasportes ó elocuentes delirios; y á fin de señalar en especial el amor delicado, tierno, el amor de alma, amor de corazon, casto como cánticos de

(1) Nuestro artículo sobre *El lenguaje de los ojos*, contiene observaciones relativas á las distintas maneras de expresar el amor con miradas. Dicho artículo se ha publicado en los números de la *Guirnalda* de Enero de 1877.

ángeles, suave como fragancias de flores, puro como vientos de las alturas, lo más propio es, la especie de irritación cutánea fundada en último término entre hombre y mujer de manera idéntica á la que vemos en las fieras y brutos cuyas garras y pieles se ponen en contacto íntimo para demostrar el indicado afecto. Véase, pues, que la expresión de una emoción tan elevada y absorbente en todo el género humano, ni siquiera alcanza, según Darwin, á la que corresponde cuando se manifiesta con alguna poesía al amor lascivo, torpe y vergonzoso, que distingue á cierto linaje degradado de carnal apetito.

¿Cómo ha de expresarse el amor por el contacto solo, siendo aquel maravillosa suma de multitud misteriosa de elementos distintos, la cual forma una de las fuerzas morales más irresistibles y potentes en toda la humana vida? ¿Quién, si reflexiona, distinguirá sólo mecánicamente al amor, cuyas manifestaciones más intensas y grandiosas están lejos de todo lo material, en la esfera de las ideas puras y elevan al espíritu por encima de la tierra y del tiempo hasta la región excelsa y sublime de la eternidad? (1)

VII.

Calladas, empero, muchas otras consideraciones que ocurren, á fin de combatir lo que observa Darwin sobre el amor, nadie creerá lo escrito por dicho naturalista respecto á que «la música tiene poder maravilloso, cuyo objeto es hacernos recordar de cierto modo vago é indefinido, las emociones que probablemente experimen-

(1) Descripciones de la expresión de distantes clases de amor llenan muchos impresos que la brevedad prohíbe aquí citar. No obstante, delo hemos decir á cuantos interese esta materia, que lean el trabajo por Volkelt, *Historia de la filosofía del amor*, publicado en Junio de 1873 en la Revista berlinense, *Im neuen Reich*, así como el de K. Du Prel, sobre *La metafísica del amor sexual en su relación con la Historia*, publicado en el tomo II del *Oesterr. Wochenschrift für Winssenschaft und Kunst*

taron, en edades antiguas remotísimas, animales brutos, progenitores nuestros, al enamorar, con aúllos el macho, á la hembra.» Tampoco debe haber quien crea, como Darwin, que la vibración que atraviesa el hueso dorsal y miembros de varios á quienes poderosamente afecta la música, debe atribuirse á haber heredado vestigios de las sensaciones que experimentaria alguna mona enamorada, ascendiente de tales hombres ó mujeres, al oír chirridos del macho requiriéndola de amores.

El suponer que el influjo exquisitamente delicado y sublime de la música es de igual naturaleza que los amorosos aullidos de brutos salvajes, parecerá á cualquiera una teoría extraña, extravagante y por completo desprovista de todo razonable fundamento. Encierran mucha más verdad, aún con todo el entusiasmo que revisten, las palabras siguientes de un célebre teólogo, cuando compara la sencillez de los instrumentos musicales con la infinidad de emociones que originan, y cuando pregunta si tales mágicos sonidos serán ecos de alguna esfera superior y algo más que armonías de la materia: «¿Será posible, observa, que los movimientos misteriosos del corazón, que las emociones agudas, que los extraños deseos vehementes, si bien vagos, que todas las grandiosas impresiones que experimentamos al oír ciertas composiciones musicales, provengan sólo de la parte material de los instrumentos y del talento de los artistas? No; es imposible que provengan sólo de esto. Nunca debemos atribuirles semejante origen, sinó muy al contrario, afirmaremos que son ecos escapados de alguna esfera superior; trozos de eterna armonía que aquellos sonidos envuelven; voces de nuestra mansión; cánticos de ángeles; alabanzas de santos en el cielo; leyes vigentes del gobierno divino, dictadas por el Omnipotentísimo creador de todo el universo mundo. Tales efectos entrañan, además de lo que nos hacen experimentar, algo imposible de medir, imposible de describir, aunque sea hombre mortal quien

»los produzca, distinguiéndose así muy principalmente de los otros seres de la creacion» (1).

VIII.

Darwin y muchos que disertan sobre el origen material del hombre, olvidan lo complexa, complicadísima é intrincada que es la humana naturaleza. No recuerdan que una combinacion de cosas comunes, en cierto orden y proporcion, puede dar un resultado distinto enteramente de aquellas cosas aisladas, y ofrecer cualidades por completo desemejantes de las de cualquiera otra combinacion diferente de las mismas cosas. Ningun producto aparecerá bien explicado sin tener muy en cuenta uno de los factores principales que lo forman. Para dilucidar los gestos y expresiones que reflejan la humana inteligencia y movimientos del ánimo, es preciso referirse á las facultades racionales que son su causa y principal apoyo.

Mas en lugar de proceder así, sólo considera Darwin los elementos y necesidades animales; porque estando dedicado durante casi medio siglo al estudio de manifestaciones de los sentidos externos y efectos de las fuerzas materiales, se ha hecho insensible relativamente á los fenómenos y potencias de la parte moral y espiritual del hombre. Juzga que las realidades mentales son imaginarias ó totalmente ignotas; afirma que nunca jamás constituirán una ciencia, y ni siquiera concede que merezcan comprenderse entre alguno de los distintos linajes del saber.

(1) La cita del texto es de uno de los sermones del doctor Newman. Desde distintos puntos de vista considera la música el marqués de Pontecoulant (véase su libro *Les phénomènes de la musique*, Paris, 1868). Este copia opiniones de gran número de médicos y sábios antiguos y modernos para demostrar la influencia que la música ejerce; pero todo lo mucho que escribe puede servir para combatir el aserto de Darwin sobre este punto.

No obstante, los elementos de nuestra vida mental, existen muy poderosos siempre, y nunca debemos omitir su importantísimo aunque difícil estudio. El referido libro de Darwin no enseña lo que son los afectos, pasiones y emociones del hombre, mientras que debiera haber principiado explicando cómo se distinguen los distintos movimientos del ánimo, que expresan hombres y animales con diversos gestos y ademanes. Aquel también omite el explicar lo que entiende por la voz emoción, así como el clasificar las diferentes emociones humanas (1).

La manera con que Darwin explica las emociones delicadísimas del alma sobre repugnar á cuantos sentimientos de dignidad humana hay, desobedece sin reconocerlo al método inductivo, siguiendo el deductivo en menoscabo de la lógica y de cualquier género de raciocinio científico. Nuestro autor quebranta las reglas fundamentales de toda investigación científica, empezando por la célebre de Newton, referente á que para interpretar fenómenos de naturaleza, nunca debe-

(1) Darwin se limita á decir que Hebert Spencer ha trazado con claridad la diferencia entre emociones y sensaciones, al establecer que las últimas nacen en nuestro cuerpo, y al clasificar como sentimientos tanto las emociones como las sensaciones.

Empero, esto que copia Darwin, es una diferencia muy rudimentaria que otros establecieron y aplicaron mejor y mucho ántes que Hebert Spencer. Sin alegar más que una, entre el gran número de autoridades que sobre esto se pueden citar, ponemos algo de lo escrito por el doctor Maurice. "Conviene fijar las distinciones más elementales y perceptibles de los diversos géneros de sentimientos. Una sensación es un sentimiento producido por algun fenómeno del cuerpo, mientras que una emoción la origina otro del ánimo ó de la conciencia del sugeto. Los sentimientos se dividen en sensaciones y emociones, y se distinguen por el carácter de sus antecedentes ó excitantes, siendo éstos últimos respectivamente fenómenos de distintos órganos del cuerpo del sugeto ó de su conciencia."

Cualquier escritor con extensos conocimientos de este asunto, habria omitido la cita que pone Darwin de Hebert Spencer, como cosa sabida sin necesidad de ningun texto autorizado en que apoyarla.

mos admitir causas fuera de las conocidas, y que á fin de producir aquellos, bastan.

Aparece, sin embargo, que el mencionado naturalista, reconociendo como hecho indudable la hipótesis por la cual unos séres se han derivado de otros, en virtud de transformaciones, arranca de aquella á fin de explicar deductivamente el origen é historia del hombre, é interpretar la que más caracteriza las humanas expresiones. Al proceder así Darwin desconforma con los verdaderos científicos que jamás fundan demostracion alguna en teorías, conjeturas ó supuestos sin pruebas verdaderas, ciertas y positivas. Ahora bien, la referida hipótesis de haberse transformado unos séres en otros, ya hemos expuesto que es del todo falsa y arbitraria (1).

Nadie duda que hay cierta semejanza entre la naturaleza material del hombre y la de los brutos, y consiguientemente deben hallarse analogías en las expresiones y gestos de ambos; mas aunque Darwin sólo se detiene en buscar los rasgos de mayor parecido de unos y otros, se puede decir que en los muchos que este libro describe, ningun ademan de brutos es idéntico al equivalente del hombre.

Segun ya hemos consignado, si se prescinde de las teorías y deducciones de Darwin, su aludido trabajo, á que este capítulo, muy sumaria é imperfectamente se refiere, entraña mucho interés, grandísimo valor y extraordinaria importancia (2).

(1) *Cronicon científico* (Bienio primero, segunda edicion), páginas ántes anotadas.

(2) Al salir á luz la anunciada obra de Darwin, y ántes que ningun otro, publicó, quien aquí escribe, un artículo relativo á la misma en una revista madrileña, sin que despues nadie, en nuestra pátria, haya tratado de dicho libro del célebre naturalista.

Á las demás obras de Darwin—que tambien fuimos los primeros en anunciar á lectores españoles, en diversos impresos publicados en 1869 y años siguientes—se refiere muy escaso número de trabajos en castellano, dados á luz sólo durante fechas del último trienio.

La expresion de la fisonomía, escribe el mencionado celeberrimo naturalista, cualquiera origen á que la debamos, es utilísima para nuestra felicidad. Aquella sirve, ántes que todo, cual medio de comunicacion entre la madre y su hijo pequeñito; sonríese ésta en muestra de aprobacion, y con un ceño reprende indicándole siempre el buen camino con expresiones del rostro. Todos conocemos en las caras de los demás si inspiramos simpatía, la que atenúa nuestros sufrimientos y aumenta nuestros placeres, fortificándose así mutuamente la buena voluntad de los hombres. Los movimientos del rostro y demás señales de expresion, imprimen viveza y energía á nuestras palabras y revelan lo que otros piensan, así como sus intenciones; todo con verdad superior, por cierto, á la del habla, que muy á menudo miente.

Así, que á nadie dejará de interesar el saber lo más posible cuanto origina las diferentes expresiones de las fisonomías y otras partes del cuerpo, para cuyo estudio deben recomendarse los libros que dejamos apuntados, y en especial la referida obra del celeberrimo Darwin, aunque sólo dentro de la esfera naturalista. Todo esto, sin embargo, no basta á fin de conocer por completo y de una manera perfecta la materia, á la que el presente capítulo se refiere, pues semejante conocimiento exige aún profundos y numerosos trabajos de fisiólogos, psicólogos y de otros observadores doctísimos dirigidos por una cultura muy superior y filosófica.